

lla, y la naturaleza muestra esplendente sus galas; pero el primero todo lo abrasa, todo lo seca; el segundo hace que todo viva, que todo florezca. Las cuerdas de la lira del poeta mexicano, al ser heridas producen sonidos que encantan; las del autor del *Intermezzo* responden á la pulsación con crugidos y se rompen.



Juan B. Híjar y Haro

**E**L espíritu religioso que excita nuestro sentimiento, elevando nuestra alma hasta las mismas gradas del trono de Dios, baja á la sombría cripta de los panteones, y nos ilumina en ellas; las imágenes incitantes que creamos al recordar bellezas de estos mundos y de otros que forjamos, crecen de cuerpo, toman más vivos tonos, y se destacan sobre fondos más brillantes aun en las tétricas ruinas de monumentos que de siglo en siglo acreditan lo efímero de las grandezas de esta vida, y la inspiración, don divino con que el cielo favorece á pocos elegidos, ha descendido más de una vez á lugares con que parece debía estar reñida. Al pensar en el poeta que ahora

presentamos, nos ha parecido verlo visitado en el anfiteatro anatómico por la más hermosa de las musas que hasta allí bajó para inspirarle dulces acentos y mágicas armonías que le distrajeran de más áridos estudios, cultivados con esmero, gracias á lo que se dan en él juntamente el sentimiento y el saber.

La insignificancia del sér humano no se revela por sus hechos, dignos muchas veces de los clásicos titanes, ni se advierte en el abatimiento que causa el dolor, pues si el mundo todo fuera susceptible de sentir uno de esos dolores cruentos que atenazan el alma, la tierra perdería su centro, y fuera de la elipse se precipitaría en el vacío; donde verdaderamente se comprende lo poco que el hombre vale, es al estudiar sobre la losa del anfiteatro anatómico, donde yace inerte la materia abandonada del *aliquid divinum*, que un día le hizo parecer semejante á Dios, árbitro de lo que bajo su poder tenía, y aun más esta insignificancia se advierte, cuando separados uno á uno todos los tejidos, cuando estudiadas todas las cavidades y analizadas todas las vísceras, no puede sorprenderse nada que atestigüe el placer inmenso que en aquello que fué, causó la sonrisa cariñosa de la madre, la dicha extrema que en ella hizo sentir la mirada de la mujer á quien estaba adorando, y nada tampoco del dolor y martirios que experimentó en la vida, porque nada existe en el inanimado tronco que el cirujano destroza, que pueda hacerle

creer que es aquello la imagen de Dios, cuya grandeza patentizamos.

Allí en el triste considerar que tal contemplación despierta, el necio orgullo, rígido como el hierro antes de ser batido en el yunque y la vanidad ligera como la pelusa inútil que de las hojas levanta el viento, se mesan los cabellos; allí apoyada en uno de los ángulos de la mesa nos parece ver hermosísima matrona, pálida como las hojas del lirio, velando sus divinos ojos con torneada mano, por entre cuyos dedos se escapan lágrimas, plástica representación de la melancolía, que más y más con su actitud tristísima hace sufrir en tanto que del sér no se escapa ni una queja, ni un gemido. En el centro de tal cuadro, aislado del mundo, rodeado de un silencio absoluto, colocad al hombre que siente, piensa y quiere, y veréis cómo al pobre sér se le encallece el corazón, veréis cómo su pensar se hace triste y decae su ánimo, pues irónica sonrisa contraerá sus labios, si la ambición se despierta en su alma y poseer la tierra quiere, pensando que de ella basta una cortísima cantidad para hacerle desaparecer.

Si de una parte se aprecian debidamente tales términos, y de otra consideramos lo que es el poeta, eterno sentimiento y sueño eterno, y por último leemos atentamente las composiciones del vate mexicano que vamos á estudiar, no habrá más remedio que afirmar que sus condiciones son excepcionales. Es necesario creer

que cuando como notable médico estudiaba la materia inerte sobre la losa del anfiteatro, no hallando nada más que miseria humana, tornaba los ojos hacia la muda esfinge de la melancolía, bajo cuyas plegadas alas quería cobijarse, y que extendiendo luego la vista por los demás ámbitos de la triste sala, sus ojos tropezaban con la musa celestial de los amores que la sonreía dulcemente, en tanto que un rayo de sol que filtraba por la ventana, bañándola en luz hacia tomar á sus blondos cabellos las apariencias del oro. Dividido su espíritu entre ambas visiones sublimes, dominada por ellas la imaginación de Híjar y Haro que sentía siempre, se absorbía en el estudio del microcosmos portentoso, y esforzando su creadora imaginación, sorprendía en él latidos de gozo y movimientos de dolor, para traducirlos más tarde en sus composiciones en forma tan magistral que llegará á ser clásica, forma que es complemento de un fondo, más que romántico, idealista, pues inspirado en ideas purísimas, jamás roza con nada que sea de la tierra.

Lo reposado de su actitud y lo noble de su continente, dan lugar á que desde luego se simpatice con el hombre á quien poco después hay que admirar; el tono mesurado que revela la prudencia y la modestia más exquisita, sueña en vuestros oídos mucho tiempo después de oírlo, y encanta ver las naturales manifestaciones de un sentimiento no gastado en las largas vigiliias y trabajos de su penosa profesión,

ni adormecido por los desengaños que revela su cabeza prematuramente cana y su mirar triste. Como hombre constituye el perfecto caballero, ha bebido la savia de la fraternidad en su patria y ha recogido de los labios de su venerado padre el bíblico consejo, con todo lo cual constituye el sér honrado, leal y hospitalario, de pecho abierto siempre para la confianza, de frase de consuelo para todos, porque él como pocos conoce la fisiología del pesar que ha debido estudiar en sí, en los muchos que experimentara. No tenemos aptitud para ser biógrafos de nadie; nos resistimos tenazmente á analizar uno á uno los detalles de la vida de un hombre, donde á cada paso tenemos que tropezar forzosamente con equívocas manifestaciones que nada dicen; no nos gusta seguir á un hombre, nos agrada verlo bajo cualquier aspecto, pero más, sin que quepa dudarle, en sus manifestaciones literarias, donde por fuerza tenemos que advertir revelaciones del sentimiento en que nos esponjemos. Si alguna vez la necesidad nos obligara á escudriñar una vida, en tan terrible tarea, sería un oasis del más triste de los desiertos la de hacerlo con la del que en la actualidad nos ocupa, conociéndola como la conocemos, una tras otra vemos en sus actos pruebas de su poderoso sentir: como médico fiel y exacto en el cumplimiento de su deber á la cabecera del enfermo, con el rostro sereno en tanto que su corazón mana sangre percibiendo el estertor de la agonía, al

que hacen tristísimo coro los ayes de dolor de la madre, de la esposa ó de la hija; como patriota rugiendo ante la pérdida de la libertad, sacrificándose por ella, lamentando la más injusta de las invasiones, para lo que como nadie sirve el hombre de corazón. La bellísima abstracción que se llama patria excita en la razón el argumento, la proposición jurídica, pero nunca hasta que se siente y se siente como Híjar, se levanta el individuo fiero y terrible contra el invasor, en quien necesariamente tiene que ver á un bandido que desea participar sin título de la herencia que le legó su padre, cuya sepultura va á profanar, que viene con su mefítico aliento á emponzoñar la atmósfera siempre embalsamada con las flores de los campos, que respira la mujer que adora y que llevará la discordia y el mal ejemplo hasta la casa donde moran sus hijos; cuando considera esto aquel que en su corazón halla vibraciones para todo lo justo, lo santo y lo bueno, constituye el hombre que puede servir de modelo, é Híjar pertenece á esta clase. Como diplomático ha sabido sostener en difíciles situaciones el puesto que el Gobierno de su patria le confió, ha sabido elevar la representación, y estudioso, digno y prudente, dar cima á los arduos problemas que el derecho internacional presenta á cada paso, sin que una vez sola sus prevenciones en el manejo de estos asuntos fuera desmentida.

Volvemos á decir lo ya manifestado en ante-

riores trabajos; no hacemos biografías de hombres, sino estudios de poetas; queremos gozar en la consideración de las manifestaciones subjetivas de un sér en presencia de la naturaleza, llevado de cualquier sensación; no es nuestro ánimo analizar actos que por ser realizados por quien sólo á su trabajo se debe, nos harían exclamar con el poeta de Mantua: *Sunt lacrima rerum et mentem mortalia tangunt*, al recordar una vida en la que pocas veces ha brillado el sol.

Entrando, pues, á ocuparnos del poeta, hallamos en sus composiciones pruebas del fundamento lógico que tiene la clasificación de los géneros literarios en la historia general de las literaturas. Abandonado á sí el hombre después que por culpa propia ó por la ajena hubo salido de aquella época feliz, en que, sin penas ni dolores, su alma se esparcía en la contemplación de la naturaleza soberbia de los primeros días, cuando comenzó á sentir miserias y trabajos de la vida, rugió sobre su frente el trueno y halló á su lado hombres que lo desconocieron y mujeres que no eran como aquella compañera que Dios le llevó, y que por primera vez apareció conmovida á su vista; cuando experimentó las sacudidas violentas de la pasión y se vió grande como los ángeles en el amor, feroz como las bestias en la cólera, no cabe dudar que á cada una de las sensaciones que experimentara dió un tono, que armonizó más tarde en la expresión poética, cuando por

la cultura tal cosa se pudo permitir: de aquí ese sin número de formas que aparecen en todos los pueblos, y en cuyo fondo, como si fueran las aguas limpias y cristalinas de un estanque, se ve al hombre y siempre al hombre. Existe tal inclinación en el sér á la sociedad, que cuando niño permanece al calor de la familia en que recibió vida, joven busca en la amistad la satisfacción de necesidades que la propia naturaleza sugiere, y hombre se prepara á transmigrar, digámoslo así, al alma de una mujer, que fecundada espiritualmente dará á luz de su alma el amor, que es el lazo universal que liga á los seres: si bien se mira, no es sólo con sus semejantes con quienes establece estas relaciones que dan encantos á su vida; la patria, los objetos materiales, el tiempo, todo tiene en él una conexión tan íntima, que la muerte, la destrucción, el desaparecimiento, lo afectan hondamente, le hieren el corazón, y como de los bordes de una herida mana sangre que mueve á compasión, de sus labios brotan palabras que entristecen.

La muerte primero, el desaparecimiento más tarde, dieron lugar á que como manifestación literaria surgiera *La Elegía*, la queja, que así podemos traducir esta palabra; sobre la tumba fría que encierra los despojos del sér querido, sobre el campo de batalla donde como bravos perecieron hermanos luchando por la patria, á orillas del mar, cuyas intranquilas ondas formaran el más grande y pesado sudario á los

intrépidos que se aventuraron por ellas, se alzó la voz del poeta gimiendo, crujó la guzla dorada del venerable bardo, lloraron las musas con ellos, y su llanto llevó al corazón de todos indecible tristeza; pero había de llegar un día en el que la muerte, la pérdida material, fuera reputada como bálsamo bienhechor llamado á hacer desaparecer mayores penas, cosa que fácilmente puede comprenderse. Entre la saña del tiempo que en rápidos torbellinos nos arrebató de la vista á los seres queridos, y los fieros golpes del desengaño que nos privan de las ilusiones, no debemos dudar; se elevan cantos de gloria, á la que hasta el último día nos retendrá dormidos en su seno, y reservamos la elegía, la emisión de acentos de dolor, para las heridas que se nos infieren en el alma, que nos martirizan y que moralmente nos matan, pues un hombre falto de sentimiento, un hombre que nada siente al levantarse la esplendente hermana de Helíos, y que no se conmueve al seductor aspecto del valle cuando el sol traspone, un hombre que no goza en las patriarcales delicias de la familia, que no se siente vivificado con la arrebatadora mirada de la mujer que le ilusiona, un hombre para el que sea igual la vida de las vidas en el espíritu ó su confusión material con los demás átomos que flotan en el espacio, al que importen lo mismo los amargos llores que las encantadoras sonrisas, está muerto, tan muerto, como yacen los que sepultos pueblan las fúnebres necrópo-